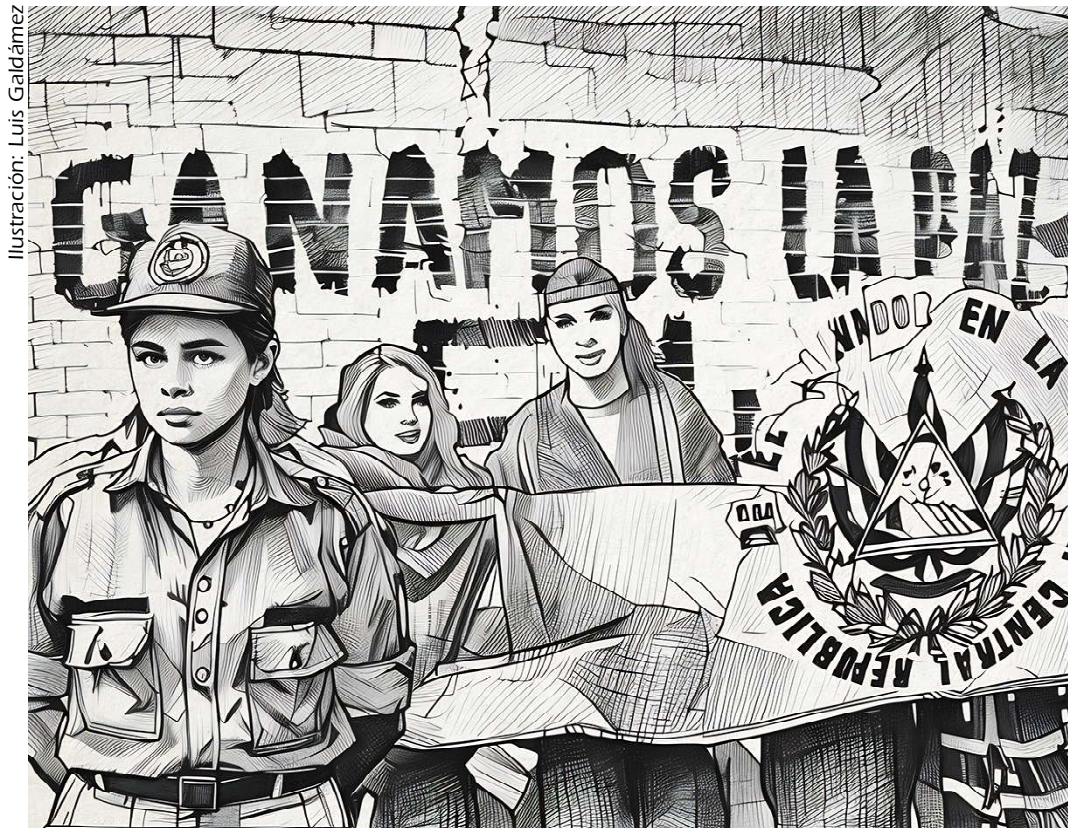


Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

¿Es posible la Paz sin acuerdos?



3 19/92 • VLADIMIR AMAYA

4-5 Los acuerdos de guerra, los desacuerdos de paz • RAFAEL PAZ NARVÁEZ

6-7 Una guerra nunca termina en empate • CARLOS ÁBREGO

8 No se corrigió la raíz de la injusticia • EDUARDO RODRÍGUEZ

8 ¿Es posible una paz sin acuerdos? • NORMA FLORES ALLENDE

9 La paz debe protegerse • JUANA M. RAMOS

9 La cultura de la violencia nos obliga a desconfiar • JORGE CÓRDOBA

9 Me acosa el carapálida • SILVIO RODRÍGUEZ

10 Mr. Danger • MATHEUS KAR

11 Unamuno: un llamado a la rebelión • LEONARDO NIN

12-13 El águila imperial ha osado entrar al espacio aéreo de los Caribes • MARIAJOSÉ ESCOBAR

14 Be good • OTONIEL GUEVARA

15 Yankis hijos de puta • HUMBERTO CONSTANTINI

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR

Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA

Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL

Daisy Zamora

Óscar Flores López

Guillermo Acuña

Vladimir Baiza

Rudy Gomez

REFERENTES

Argentina **Marta Miranda**

Colombia **Omar Ortiz**

Cuba **Verónica Alemán**

Dominicana **Leonardo Nin**

Estados Unidos **Juana M. Ramos**

Francia **Carlos Ábrego**

Italia **Rocío Bolaños**

Panamá **Consuelo Tomás**

Paraguay **Norma Flores Allende**

Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS

Carlos Cañas Dinarte

Isaías Mata

Alberto Pocasangre

Kike Zepeda

Marel Alfaro

Javier Fuentes Vargas

Francisco Alejandro Méndez

Luis Galdámez

Gaetano Longo

Rafael Paz Narváez

Matheus Kar

Revista TresMil no se compromete a publicar colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos de creación literaria, pensamiento crítico y de rescate histórico y literario, principalmente de temas y autores centroamericanos.



PALABRAS

Nos acosa el carapálida

34 años

Es la edad a la que arriba el pacto más importante que resolvieron los salvadoreños durante el siglo XX. Un proceso ejemplar que modificó los cimientos del estado, borrando la tiranía militar y dando pie a una nueva institucionalidad. ¿Cuál es la necesidad de negar este hito histórico? ¿Cuál es el nuevo pacto histórico que da gobernabilidad a un régimen autócrata y mezquino?

En estas cuatro décadas nacieron un par de generaciones que no conocen en carne propia las mordidas de la guerra y el terror. Para evitarlas se debe convenir un nuevo contrato social que no le quite ni la salud ni la educación ni la cultura ni la felicidad a los salvadoreños. Ese es el reto.

Venezuela bombardeada

Lo hicieron. Mataron civiles, secuestraron a un presidente legítimo, amenazaron con intervención y violencia a más naciones. La ilegalidad en su más moderna versión. La codicia elevó su más ensangrentado estandarte en la oficina oval. Las consecuencias aún no se definen, pues lo que ocurrió fue un pequeño terremoto geopolítico y los daños aun no se contabilizan del todo. Tendremos que esperar noticias más claras; mientras, una espada filosa oscila sobre nuestras cabezas.

En Caracas y el resto de Venezuela, la población no celebra el golpe político, al contrario, muestra su músculo movilizatorio y su empuje popular. Mientras, en la Casa Blanca celebran fechorías la realidad va por otro camino.

El delirio imperial

Cuidar el dólar. Fue la única tarea que le encomendaron. Con todo su poder se pudo poner a negociar: ceder por acá, ofrecer por allá, convencer más allá... sobrevivir. Pero no. Juntó a una banda de psicópatas y repartió motosierras, pactos con asesinos, clamor por

una invasión militar traicionera... y ordenó a su jauría de sabuesos dispararle a sus propios ciudadanos.

La torpeza total. El berrinche más demencial de la historia.

Le queda poco tiempo al mundo para detener este proyecto de infamia y crimen. No es conveniente sostener esos pesados fardos de apatía e indiferencia que dan fuerza a la locura imperial. Las balas cruzan rabiosas buscando nuestros cuerpos y si no tomamos por lo menos conciencia, más de alguna nos alcanzará más temprano que tarde.

Lo de hoy

Consultamos a diversos artistas y escritores salvadoreños sobre sus valoraciones alrededor de los Acuerdos de Paz de 1992 y nos dieron su opinión **Vladimir Amaya**, **Rafael Paz Narváez** y **Jorge Córdoba** desde El Salvador, **Carlos Ábrego** desde Francia, **Eduardo Rodríguez** y **Juana M. Ramos** desde New York, **Norma Flores Allende** desde Asunción.

Dos temas han desbordado las redes sociales en estas semanas que estuvimos fuera del aire: la agresión militar a Venezuela y el asesinato cobarde y alevoso de una ciudadana estadounidense, que además era poeta. Una fortuita combinación de ambos, más sus insospechados derivados (invasión de Groenlandia, guerra de Ucrania, revueltas en Irán, por ejemplo) son abordados en esta edición. Un magnífico escrito de **Matheus Kar** y otro del director ilustran al respecto. Se suma un acercamiento al pensamiento político de **Miguel de Unamuno** realizado por **Leonardo Nin**. Una crónica de la poeta venezolana **Mariajosé Escobar**, un hermoso poema de **Humberto Constantini**, escrito con rabia y ternura hace mucho tiempo, y tan vigente como la canción de **Silvio Rodríguez: Me acosa el carapálida.** ✨

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

EL SALVADOR

19/92

Escribe: Vladimir Amaya

Los Acuerdos de Paz firmados en 1992 en El Salvador no fueron un gesto ceremonial entre élites fatigadas por la guerra, ni un simple apretón de manos entre siglas enemigas. Fueron, ante todo, la respuesta tardía a una necesidad elemental: que la gente de a pie pudiera seguir viviendo. Comer sin miedo. Dormir sin sobresaltos. Criar hijos sin aprender primero a esconderse.

Hoy, esa paz no se conmemora. No se estudia en las escuelas. No ocupa el calendario cívico ni el discurso oficial. La nueva agenda gubernamental ha decidido reducirla a una anécdota incómoda, a un “negocio de cúpulas”, a una transacción de pacotilla entre partidos. Pero esa lectura es tan cómoda como injusta: borra deliberadamente a quienes pusieron los muertos, los desplazamientos, las fosas comunes y los silencios heredados.

Porque si hubo una paz, no fue de ARENA ni del FMLN. Fue de la gente que no tenía micrófono ni poder de negociación. Fue de los campesinos, de los obreros, de las madres que aprendieron a reconocer el sonido de las balas, de los niños que crecieron sabiendo que el miedo también educa. Ellos sí necesitaban derechos. Ellos sí necesitaban que la guerra terminara, aunque no terminara del todo.

Y entre esos cuerpos anónimos también estuvieron los poetas. La ma-

yoría murió. A muchos los mataron porque sabían demasiado de palabras verdaderas y hermosas, no de estrategias bélicas ni de armas. Sabían nombrar el dolor sin convertirlo en consigna, la esperanza sin volverla propaganda. Como el campesino, dejaron sus días y sus guitarras, se fueron a la montaña, y nunca volvieron. Habían creído que la palabra también podía defender la vida.

Decir hoy que los Acuerdos fueron solo un negocio es desconocer —o querer desconocer— que los más jodidos siempre fueron los mismos. No fueron los firmantes quienes ganaron la paz; fueron los sobrevivientes quienes la pagaron. La paz no llegó como justicia plena, ni como reparación verdadera, ni como verdad completa. Llegó como lo único posible en un país exhausto: el cese del exterminio abierto.

Conmemorar los Acuerdos no es santificar a sus arquitectos ni negar sus límites. Es reconocer que, sin ellos, la violencia habría seguido devorando generaciones. Es admitir que la paz fue incompleta, sí, pero necesaria. Y que su mayor fracaso no fue haberse firmado, sino haberse abandonado después: sin justicia transicional suficiente, sin memoria profunda, sin perdón trabajado, sin una reconciliación real que incluyera a las víctimas y no solo a los *firmantes* simbólicos.

El Salvador de hoy es un país con el corazón y la memoria amputados. Se nos pide avanzar sin mirar atrás, como si el pasado fuera una molestia y no una herida engusanada. Pero un país que no recuerda su paz tampoco entiende su violencia. Y uno que no enseña su historia condena a sus jóvenes a repetirla, aunque sea con otros nombres y otros uniformes.

Yo celebro, yo conmemoro, no una firma ni una fecha, sino la dignidad de quienes resistieron lo suficiente para llegar vivos a 1992. Celebro que, por un momento, el ruido de los fusiles se callara. Celebro que la gente común pudiera volver a imaginar un mañana, aunque ese mañana nunca haya sido justo del todo. Celebro también a los poetas caídos, que no regresaron para contarlos, pero dejaron su palabra enterrada en la tierra, esperando lectores.

Pero también digo esto con claridad: aún necesitamos paz. Aún necesitamos perdón. Aún necesitamos justicia. La verdadera, la que no se decreta ni se oculta, la que no se sustituye por luces LED ni por olvido. La que escucha a las víctimas. La que no teme jamás a la verdad.

La paz no fue perfecta. Pero fue real. Y negarla hoy no es valentía política: es otra forma de violencia.



«No fueron los firmantes quienes ganaron la paz; fueron los sobrevivientes quienes la pagaron»: Vladimir Amaya. Fotografías: Luis Galdámez

EL SALVADOR

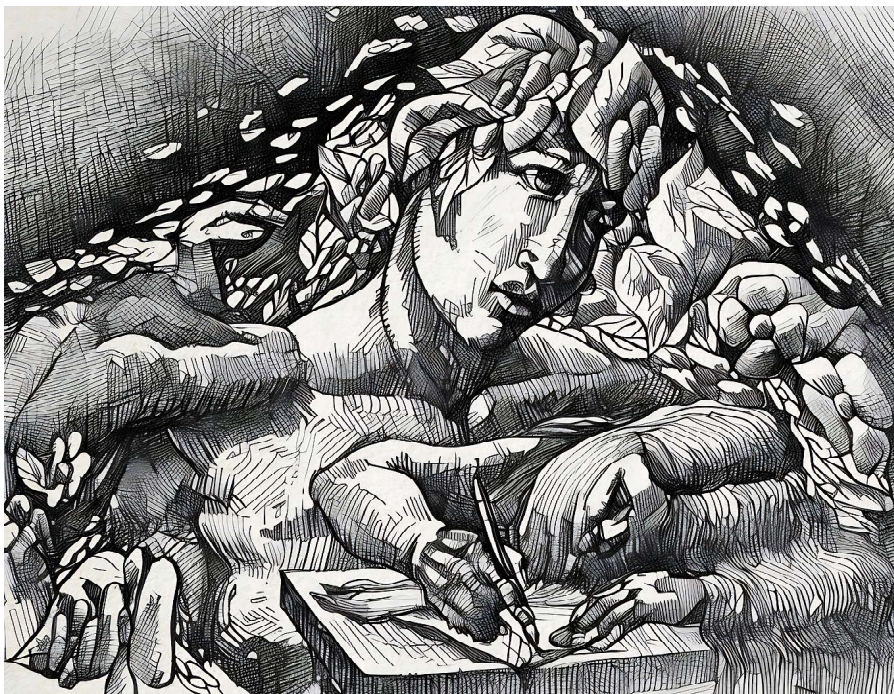
Los **acuerdos** de guerra, los **desacuerdos** de paz

Escribe: Rafael Paz Narváez

Nuestros desacuerdos no son un crimen, sólo invocan justicia. La nueva paz, que enriquece a las mansiones, retoma la ruta de la esperanza a la locura.

Rafael Paz Narváez

Ilustración: Luis Galdámez



«Intentar una paz no fue un despropósito, pero se presentó como punto de llegada cuando apenas podía ser punto de partida».

En 1992 se presentó una descripción de nuestro camino como un accidentado viaje de la locura a la esperanza. Con toda justicia también pudo haberse llamado de la esperanza a la locura. Intentar una paz no fue un despropósito, pero se presentó como punto de llegada cuando apenas podía ser punto de partida. Se creyó que silenciar las armas era suficiente para hacer habitable un país que nunca resolvió el desacuerdo esencial: cómo vivimos la justicia, cómo se genera la riqueza y si hay quiénes la merecen más y mejor.

Nuestro ahora, un nuevo 16 de enero en este aciago 2026, nos encuentra otra vez en guerra. Se dice que no es una guerra declarada, pero se empeña contra nosotros, personas plebeyas de este país nacional llamado El Salvador, un nombre más pretencioso que su propia realidad. Aquí apenas nos salvamos. Esta guerra se proclamó contra los pandilleros, esos empleados obedientes de los empresarios del crimen, de los tráficos de armas y de la dolarización expresa al servicio del lavado financiero. Pero no hacen la guerra contra sus empleados en las filas del crimen. Esta nueva guerra es contra los derechos de la población, contra la memoria histórica, contra la organización social, contra el territorio y la naturaleza: es una guerra contra las condicio-

nes de la vida en común. Una guerra financiada desde la legalidad retorcida, desde el discurso de la eficiencia y la modernización, desde la promesa de un progreso que vuelve para beneficiar a pocos: a las élites nuevas y viejas que se reconocen en la misma mesa.

Se ha afirmado que el 16 de enero de 1992 se acordó un engaño, un fraude a la historia, una farsa. La afirmación convence a muchas personas que miran las cenizas y olvidan una verdad incómoda: toda guerra se hace sobre acuerdos y toda paz se alcanza sobre desacuerdos. No hay violencia sin pacto que la sostenga; no hay paz sin conflicto que la funde. El problema es olvidar que el desacuerdo siempre estuvo allí y que se quedó para volver.

Nuestra historia encadena una persistencia de acuerdos de guerra y desacuerdos de paz. Entre 1821 y 1839 se acordó que habría República en El Salvador sin lugar para un Reino de los Nonualcos, aunque Anastasio Aquino estuviera en desacuerdo. La república nació negando una soberanía indígena que proponía justicia comunal y convivencia autónoma. Aquel desacuerdo inaugural no fue escuchado; fue reprimido. Y quedó como sedimento.

Entre 1880 y 1881 se acordó que la paz y la ley imponían

la extinción de tierras comunales y ejidos, aunque Feliciano Ama, Modesto Ramírez y miles de personas que vivían con la tierra estuvieran en desacuerdo. El liberalismo convirtió el despojo en norma y llamó progreso a la opresión de las economías de milpa y frijolar. Se acordó asegurar la acumulación de riqueza y la fuerza armada. El desacuerdo, una vez más, fue ignorado, pero no desapareció.

Entre 1932 y 1944 se decidió que la democracia no incluiría a Prudencia Ayala, ni a Alfonso Luna, ni a Mario Zapata, ni a Agustín Farabundo Martí Rodríguez, aunque todos estuvieran en desacuerdo. La democracia, por acuerdo y desacuerdo, en un movimiento mal avenido de guerra y paz, se entregó a los militares, que desgobernaron desde 1944 hasta 1979 sin perder ninguna elección, aun cuando no las ganaran en las urnas. El orden se sostuvo por la exclusión; la estabilidad quiso perpetuarse sembrando miedo.

En cada generación, en el campo y en el barrio nacía y crecía la iniciativa popular, sobreviviendo, persistiendo. Las élites impulsaron proyectos para ordenar el territorio, la economía y el poder; los pueblos impulsaron proyectos para vivir con justicia. Las dos iniciativas avanzaron en paridad de desigualdades: una con aparato estatal, armas y ley; otra con organización, memoria y sentido. La historia salvadoreña, con sus desacuerdos y acuerdos, con sus guerras y su paz, no es la historia de una voluntad que actúa y otra que reacciona; es el choque persistente de proyectos que proponen cómo habitar el mundo.

La guerra del siglo XX no fue una farsa, miles sufrieron de verdad. Murieron, desaparecieron, quedaron en orfandad, mutilados. La insurgencia nació de la acumulación de desacuerdos negados. La respuesta contrainsurgente fue la decisión de preservar un orden, una injusticia y sus privilegios. En 1992, el 16 de enero, se firmaron acuerdos y desacuerdos. Apenas se contuvo la guerra y se desmilitariza el desacuerdo. Se heredó una promesa y un límite con la estructura de la injusticia que quedó intacta. La paz se concibió como burocracia del desacuerdo.

La presente generación hereda acuerdos y desacuerdos en un contexto distinto y similar. Las élites han renovado su iniciativa, resucitan neoliberalismo y privatización con nuevos nombres para el enriquecimiento acelerado y el control social. La guerra ahora nos conoce y engaña, el autoritarismo se disfraza de popularidad, nos convence que la democracia ya tiene elegido al candidato. Es una iniciativa activa, no un retroceso; combina legalidad deformada, comunicación controlada y promesas de eficiencia.

Presenta el desacuerdo como una aberración.

Ahora, en este siglo, emerge una iniciativa popular diversa y contemporánea: defensa del territorio y del ambiente, memoria histórica, dignidad, derechos, nuevas formas de organización. Se reinventa el desacuerdo y vuelve a preguntar para qué y entre quiénes vi-

vir en paz. Disputa el sentido del progreso y el significado de la seguridad; insiste en que no hay orden legítimo sin justicia social ni justicia ecológica. La insurgencia armada es un recuerdo del que ya ha tomado distancia. Esta insurgencia propone asumir los acuerdos y desacuerdos desde la paz.

La historia salvadoreña, más allá de una secuencia de fracasos y de violencias es una disputa de herencias. Cada generación ha recibido un conjunto de acuerdos impuestos y un archivo de desacuerdos insistentes. Inevitablemente

debe decidir qué hacer con esas herencias. Las élites han impuesto orden; los pueblos han propuesto el futuro. La desigualdad ha estado en la capacidad de proponer sentido.

Heredamos una paradoja: nuevos desacuerdos de paz, nuevos acuerdos de guerra. Nuestros desacuerdos no son un crimen, sólo invocan justicia. La nueva paz, que enriquece a las mansiones, retoma la ruta de la esperanza a la locura.

Ahora, en este siglo, emerge una iniciativa popular diversa y contemporánea: defensa del territorio y del ambiente, memoria histórica, dignidad, derechos, nuevas formas de organización. Se reinventa el desacuerdo y vuelve a preguntar para qué y entre quiénes vivir en paz.

Rafael Paz Narváez



«La insurgencia nació de la acumulación de desacuerdos negados»: Rafael Paz Narváez. Ilustración: Luis Galdámez.

—**Rafael Paz Narváez**

San Miguel, El Salvador, 1958. Poeta, catedrático e investigador universitario. Fue director de la Escuela de Posgrado de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la UES. Con «Madrugal», obtuvo el Premio Universitario de Literatura de Nicaragua, 1991.

EL SALVADOR

Una guerra nunca termina en empate

Escribe: Carlos Ábrego

Los Acuerdos de Paz son un acontecimiento dentro de una secuencia histórica, su firma fue en cierta medida la que puso término a la guerra civil. Se trata pues de un acontecimiento determinante en nuestra historia salvadoreña, pero para no caer en esquematismos, ni caricaturas, tampoco en una exaltada glorificación, es menester retrotraernos a todo lo que precedió, a todo lo que permitió políticamente las negociaciones hasta el acto celebrado en Chapultepec.

Ignoro si existen muchas personas que se planteen en sus análisis qué consecuencias estratégicas tuvieron en los objetivos de la guerra los cambios que hubo en la dirección de las FPL después de 1983. Esta fue la organización que tenía como punto clave de su estrategia llevar adelante una «guerra popular prolongada» con todo lo que eso suponía de conquistar las conciencias a la tarea de la transformación social hacia el socialismo. Que esto nos aparezca ahora como un objetivo utópico o ilusorio, no debemos olvidar que ese objetivo fue real, que esa tarea estuvo planteada dentro de nuestra historia.

No obstante cuando Schafik Handal se convirtió en la principal cabeza pensante del FMLN, la guerra dejó de ser «prolongada» para trocarse en una guerra «que se prolongaba». Y el objetivo estratégico dejó de ser la transformación de la sociedad capitalista salvadoreña en socialista para volverse en el simple objetivo de terminar con la guerra. Este cambio mayúsculo abrió la posibilidad de iniciar las negociaciones y los diferentes «encuentros de paz».

El gobierno de entonces, como el mismo Ejército, fueron empujados a esas reuniones y negociaciones por el gobierno de los Estados Unidos.

La guerra misma es la culminación exacerbada de una lucha política que se remonta a décadas anteriores, en la que se sucedieron varias dictaduras, cada una con sus propias modalidades, pero todas negándole a las fuerzas progre-



«El «Ejército Revolucionario» dejó de existir y fue remplazado por un partido político.

sistas el derecho a la existencia legal. Los opositores se veían obligados a luchar en la clandestinidad. La prisión, la tortura y el exilio eran lo que se les destinaba. La guerra misma es una consecuencia, un resultado.

La guerra se impuso como una opción final y extrema, cuya realidad se fue en medio de luchas internas en el campo popular. No voy a detallar estas luchas. Los campos que se enfrentaban divergían realmente en mucho, pues unos pensaron siempre que una democratización que permitiera una vida política sería suficiente para cambiar el poder y permitir las transformaciones que extirparían al país de toda la miseria social acumulada.

Los otros estaban convencidos de la necesidad de derrotar y derribar a las fuerzas en el poder, ejército y oligarquía, para poder cambiar las injustas estructuras sociales existentes. Nadie se sorprenda que hable del ejército como fuerza en el poder, pues desde 1944 los partidos políticos de la derecha servían de testaferros del verdadero partido político: el ejército.

Recordemos también ahora que el Partido Comunista salvadoreño fue durante toda la década de los setenta un acérrimo oponente de la lucha armada y partidario de participar en elecciones y que incluso propició la tentativa de un golpe de Estado; su objetivo fue siempre ser parte de la vida política y poder participar en los gobiernos. La dirección del PCS se refería a los guerrilleros con los mismos términos que la derecha y su prensa: «asesinos, terroristas etc.». Su entrada al FMLN fue tardía, ya cuando el tren iba en marcha acelerada y fue Cayetano Carpio quien les ayudó a poner el pie en el estribo.

No olvidemos que los Estados Unidos fue también un eminente participante de la guerra con su apoyo financiero y armamentista al gobierno salvadoreño, con su propaganda en la lucha ideológica. Los ideólogos estadounidenses repetían hasta la saciedad que nuestra guerra era el producto de la intervención del «comunismo internacional» a través de Cuba y Nicaragua, nunca admitieron que pudiera ser el fruto de nuestra propia historia, que era una lucha de liberación nacional y antiimperialista. El imperialismo recrudecía su bloqueo contra Cuba y su acoso armado contra los sandinistas por medio de los contras.

Se repite que la guerra empezó «oficialmente» el 10 de enero de 1981, esta repetición por tenaz que sea no se vuelve verdad histórica. En realidad, la ofensiva del 10 de enero se anunció como «final», sólo después se volvió «general» por su fracaso. ¿Cómo podía ser final esa ofensiva si no hubieron antes combates y enfrentamientos? Nadie puede olvidar que las masacres ocurrieron ya en los años setenta, que estas fueron introducidas como un elemento contrainsurgente por los consejeros e instructores estadounidenses (por ejemplo la del río Sumpul, en marzo de 1980), la guerrilla tenía ya asentamientos y aldeas ocupadas por sus miembros en el norte del país, Chalatenango y Morazán que

se declaraban «territorios liberados». Ignoro quién pudo ser quien oficialmente decretó que el inicio de la guerra fue tal o cual fecha. En esa ofensiva «final» hubo combates casi en todo el territorio nacional, aunque no con la misma intensidad en todas partes. El resultado de esa ofensiva dio lugar a un análisis optimista de la Comandancia General, sin embargo cada organización hizo el suyo propio, que no siempre fue tan optimista y algunos llenos de reproches a las otras organizaciones. El ejército por su lado se declaró vencedor.

Todos sabemos que los combates continuaron, que hubo nuevas ofensivas «finales» o no, aunque aquella «Hasta el tope» sí se anunció también como final. Después analistas y periodistas decretaban un empate técnico, la imposibilidad de que alguna de las partes beligerantes saliera victoriosa. Ese fallo se impuso a todos. Sin embargo una guerra no termina nunca por un empate, el gran teórico de la guerra, Carl von Clausewitz en su obra «De la guerra» en ningún momento nos habla de empate y presenta siempre la victoria como el único objetivo final de las guerras.

El análisis de la situación posterior a la firma de los Acuerdos de Chapultepec nos confirma que realmente hubo un vencedor y la paz que se impuso fue la del vencedor. Muchos de los puntos de los Acuerdos se prestan a confusión, pues es sobre ellos que más hablamos, el surgimiento de la PCN, la destitución de muchos jefes militares, la creación de instituciones nuevas y el reconocimiento del FMLN como partido y su posterior participación en la vida política, etc. Empero existe un hecho mayor: la desaparición de uno de los beligerantes que depuso las armas y se quedó sin fuerzas para presionar los escasos logros sociales que se mencionaban en los Acuerdos. Para dejar claro este asunto, el «Ejército Revolucionario» dejó de existir y fue remplazado por un partido político.

Al declarar imposible la victoria, los dirigentes del FMLN abandonaron el objetivo de asumir el poder para transformar la sociedad. Es decir el empate no es tal, pues los que estaban en el poder siguieron en él, hubo, es cierto, concesiones, cierta depuración en los órganos represivos del Estado, pero al

mismo tiempo con la imposibilidad de juicio por la amnistía que se otorgaron. La represión brutal que venía sufriendo el pueblo desde que se abrió el período de las dictaduras en 1932, desapareció, aunque no del todo. Incluso durante los gobiernos areneros hubo capturas y raptos ilegales. Incluso durante el último año del gobierno de Saca hubo casos de abierta represión, algunos asesinatos de activistas de movimientos ecologistas.

*Al declarar imposible la victoria,
los dirigentes del FMLN
abandonaron el objetivo
de asumir el poder
para transformar la sociedad.*

Carlos Ábrego

Aceptar las reglas del juego era obligatoriamente una condición para ser aceptados en tanto que partido político, es lo que sucedió. Hay aquí un hecho político mayor: desde el inicio de este largo período de dictaduras se abre la posibilidad de ejercer los derechos políticos que ofrece el régimen burgués. Esto significa el cierre de ese largo período y surge otro que es el que estamos viviendo, con los cambios drásticos en la vida política y social que ha introducido la dictadura del clan Bukele.

*Las clases sociales contra las cuales
se emprendió la guerra siguieron
intactas y su dominación
no perdió ni un ápice,
su fuerza siguió intacta.*

Carlos Ábrego

Las clases sociales contra las cuales se emprendió la guerra siguieron intactas y su dominación no perdió ni un ápice, su fuerza siguió intacta. El Estado político siguió siendo el aparato de dominación de la oligarquía y del resto de la burguesía.

Aceptar las reglas del juego se transformó en la aceptación total y sin ambages de las estructuras sociales y de la ley fundamental del sistema económico vigente, el fundamento de la sociedad es la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, el objetivo de

la economía es producir mayores ganancias para la clase dominante.

Estas estructuras socio-económicas siguen intactas, esencialmente son las mismas que las del período anterior. La pobreza es estructural, más del 70% de la población es pobre según los criterios de organismos internacionales, la concentración de las riquezas en pocas manos sigue agravándose, los niveles de vida no se mejoran para las grandes mayorías, las fuerzas de trabajo son super-explotadas y además subutilizadas, la precariedad es lo que domina en todos los ámbitos de la vida social.

Concluyo, los Acuerdos de Paz pusieron término a la guerra, pero los objetivos que se propuso el FMLN no fueron alcanzados. Sin embargo en el país se abrió un período de construcción de la democracia burguesa, la libre expresión de ideas cobró forma y de hecho existió, como la libertad de organizarse en partidos y en otro tipo de organizaciones, la libertad de manifestación y de reunión se hizo realidad. Con todo esto, la batalla ideológica también se perdió, o mejor dicho, no se llevó a cabo. El partido de izquierda nunca conquistó la mayoría, incluso se vio obligado a presentar a la elección presidencial a un candidato que no era miembro de su partido, que se fue alejando y casi llega a la ruptura. Las medidas que emprendió Mauricio Funes no llegaron nunca a cuestionar el fondo de la sociedad, pero si aliviaron en algo el sufrimiento de las mayorías populares. El gobierno siguiente, el de Sánchez Cerén, no supo ampliar y desarrollar lo hecho por Funes.

Lo que está sucediendo ahora no tiene nada que ver con los Acuerdos de Paz, aunque son en realidad el quiebre del período que abrieron. Ahora el retroceso que implica la actual dictadura del clan Bukele es un nuevo nefasto régimen dictatorial. Su realidad y origen merecen otro análisis para emprender una lucha que le ponga fin y tal vez volver a seguir construyendo la democracia burguesa que se había iniciado con los Acuerdos de Paz.

—Carlos Ábrego

Lingüista, escritor, poeta y bloguero,
residente en Francia.

EL SALVADOR

“No se corrigió la raíz de la injusticia”

Escribe: Eduardo Rodríguez

La valoración más amplia sobre la paz viene de un proceso de concientización del individuo y para ello tiene que existir información y educación que genere dicho proceso. **Eduardo Rodríguez**

—¿Es posible una paz sin acuerdos?

Sí y no. Si la pregunta se refiere al fin del conflicto armado en El Salvador, sí, era necesario un acuerdo entre las fuerzas involucradas. De otra forma, una de las dos fuerzas tendría que haber ganado militarmente para terminar la guerra. Por lo tanto un acuerdo era necesario para la paz, entendida como el fin de acciones militares entre el ejército y la guerrilla.

¿Pero qué es *la paz*? ¿Es solo el fin de combates militares? En un sentido no solo más amplio, sino, más integral, la paz es más compleja, abarca todos los aspectos de la vida en sociedad e individual. Por lo tanto “la paz” necesita no solo de acuerdos entre dos partes, sino de más integración de sectores en la discusión, de participación de la población y de acciones concretas que lleven la paz a ser parte de la estructura de la sociedad, del estado, de la forma de gobernar y de los individuos. Todo eso es necesario para poder enmendar y sanar los daños del pasado, garantizar cualquier cambio de rumbo en el presente y así evitar que en el futuro se repitan los males que quiebran esa paz.

Los Acuerdos de Paz en El Salvador garantizaron el fin del conflicto armado pero no enmendó, sanó, o garantizó que la paz integral fuese parte de la estructura social, estatal e individual en El Salvador. En otras palabras, no corrigió la raíz de injusticia que originó el conflicto. La paz integral entonces no puede ser entendida sin justicia.

Es probable que ese concepto de paz sea utópico. En Estados Unidos por ejemplo, el lado perdedor de su guerra civil aún utiliza los símbolos del ejército confederado y su actual gobierno trata de reflejar esos valores derrotados militarmente, pero no así cul-

turalmente, o como símbolos de identidad. Por otro lado, individualmente, el concepto de paz puede ser suficiente con la finalización de hostilidades militares. Un individuo puede creer que terminar ese tipo de violencia es suficiente para la paz y no se necesita ir más allá.

La valoración más amplia sobre la paz viene de un proceso de concientización del individuo y para ello tiene que existir información y educación que genere dicho proceso. Es allí donde la conmemoración oficial debería enfocarse para lograr un proceso de contrato social permanente. Es probable que sea utópico o que lo más conveniente para algunos sea olvidar; pero perder la memoria significa que se puede regresar al pasado, ya que sin ella, no habría manera de recordar el dolor y el horror que se vivieron.

¿Es posible una paz sin acuerdos?

Escribe: Norma Flores Allende

No, no es posible. Como tampoco es posible una paz sin memoria, verdad, justicia y reparación. La virtual desaparición oficial de los Acuerdos de Paz es un paso más en toda una trama de impunidad de crímenes de lesa humanidad que sostiene un estado de violación de derechos humanos, normalizado e impulsado hasta la fecha. En El Salvador como en el mundo se ha impuesto trágicamente un contrato social basado en la supremacía de la fuerza, ya no en el derecho. Los Acuerdos de Paz son una condición mínima, un piso, sobre el cual es necesario construir una transformación democrática, social y económica en beneficio de las mayorías trabajadoras y campesinas. Creo en la potencia de la memoria del pueblo salvadoreño, en su conciencia imbatible y ejemplar para reclamar la democracia y la paz en nuestro país.



«En Estados Unidos por ejemplo, el lado perdedor de su guerra civil aún utiliza los símbolos del ejército confederado y su actual gobierno trata de reflejar esos valores derrotados militarmente». Ilustración: Luis Galdámez

EL SALVADOR

La Paz debe protegerse

Escribe: Juana M. Ramos

Los Acuerdos de Paz de 1992 tienen un valor histórico fundamental: pusieron fin a doce años de guerra, desmilitarizaron el Estado, impulsaron reformas judiciales y reconocieron derechos humanos, estableciendo las bases institucionales para la democracia salvadoreña. En el escenario actual bajo el régimen de Nayib Bukele y su retórica negacionista —que descalifica la conmemoración de los acuerdos y los tilda de “farsa” mientras el Legislativo elimina su reconocimiento— esa vigencia se ha erosionado. Las normas y logros formales persisten en el papel, pero su utilidad práctica se debilita cuando se socavan la memoria, la rendición de cuentas y los contrapesos democráticos. En suma, los acuerdos siguen siendo referencia histórica y fuente de derechos, pero su capacidad para proteger una paz democrática depende ahora de reactivar sus mecanismos (reparación, justicia, pluralismo) frente al autoritarismo y al negacionismo que ponen en riesgo una paz sólida y con justicia.

—Juana M. Ramos

Santa Ana, 1970. Pots, escritora y académica salvadoreña radicada en NY. Mantiene diversos esfuerzos mediáticos de promoción de la lengua español en Estados Unidos.

La cultura de la violencia nos obliga a desconfiar

Escribe: Jorge Córdoba

El concepto “Paz” es amplio y conlleva muchos elementos con distintos matices. En términos generales de país, existen mínimos que indican una relativa cercanía al concepto y se pueden generalizar. Solo así se podría afirmar que se goza(RÁ) una “Paz para todos”, cuando en la práctica se disfruten derechos y preceptos fundamentales para ser una sociedad que convive en armonía y, por ende, en paz.

Actualmente se vive, y casi es un orden mundial (impuesto), la falta de valores y la cultura bélico-intrigante que nos empuja a desconfiar de todo; algo que cada día nos aleja de la tan anhelada paz, aunque se viva en un país sin peso geopolítico real, el “orden” bélico-comerciante impone su agenda impune y prepotente.

—Jorge Córdoba

Quezaltepeque, 1963. Cantautor y sindicalista con 40 años de trayectoria. Estudió Arquitectura. Vocalista en agrupaciones de Rock y otras de corte popular.

Me acosa el carapálida

Silvio Rodríguez

Me acosa el carapálida que carga sobre mí,
sobre mi pueblo libre, sobre mi día feliz.
Me acosa con la espuela, el sable y el arnés
caballería asesina de antes y después.

Me acosa el carapálida norteño por el sur,
el este, el oeste, por cada latitud.
Me acosa el carapálida que ha dividido el sol
en hora de metralla y hora de dolor.

La tierra me quiere arrebatar,
el agua me quiere arrebatar,
el aire me quiere arrebatar
y sólo fuego,
y sólo fuego voy a dar.

Yo soy mi tierra, mi agua,
mi aire, mi fuego.

Me acosa el carapálida con el engaño vil,
con cuentos de colores con trueques de uno a mil.
Me acosa con elixir de la prostitución,
me acosa con la gloria perdida de su Dios.

Me acosa el carapálida con su forma de ver,
su estética, su ángulo, su estilo, su saber.
Me acosa el carapálida con sintetización
y quiere ungirme el alma con tuercas de robot.

Me acosa el carapálida con la guerra sutil,
hasta que digo «basta» y carga sobre mí.
Me acosa con su monstruo de radioactividad,
su porvenir de arena, su muerte colosal.

Me acosa el carapálida que siempre me acosó,
que acosa a mis hermanos, que acosa a mi razón.
Me acosa el carapálida que vive de acosar
hasta que todos juntos le demos su lugar.

Mr. Danger

Escribe: Matheus Kar



Maduro. Trump. Venezuela. Good. Derecha. Izquierda. Capitalismo. Socialismo. Y en medio del mundo, Venezuela.

Que si es una cortina de humo. Que si el petróleo. Que si lo vendieron. Que si no sabemos. Que no podemos hablar. Que no somos venezolanos. Que somos menos patio trasero.

Entonces, ¿dónde quedó el alunizaje dirigido por Kubrick? ¿Dónde el Óscar robado, a bomba armada, al actor de método Osama Bin Laden? ¿Dónde el *sold out* de la gira mundial de conciertos de la viuda negra Kennedy Kirk? ¿Dónde la Operación Cóndor? ¿Los sulfatos peinando la cabeza del dictador Jacobo? ¿Dónde la pacificación de Irak, Medio Oriente y próximamente Irán?

En plena era del cinismo, del “lo saben y aún así lo hacen”, ¿dónde quedó *El show de Truman*? ¿1984? ¿Matrix? ¿*El hombre que fue jueves*? ¿De qué sirve leer, si al abrir la boca habla el telediario, el tiktokero, el algoritmo? ¿De qué sirve Schopenhauer, Nietzsche, Hegel, Marx, si quien habla es Monedita de Oro?

La corrección política y la tolerancia extrema son las mejores armas de... ¿quién? ¿De qué? ¿A quién, a qué o a quiénes les conviene una generación temerosa del conflicto? ¿Que solo protesta en el área pública, pero agacha la cabeza en la propiedad privada? ¿Una generación que se ha tragado la propaganda disfrazada de empatía? ¿Una sociedad fragmentada en etiquetas, sectorizada por gustos o sentimientos, no por ideas? ¿Una generación licenciada en remordimiento, resarcimiento histórico y tolerancia sin criterio? ¿Una Latinoamérica perdida en el laberinto del alcohol y las drogas? ¿Un gobierno que veta los pesebres de los parques, pero celebra los candelabros y las estrellas? ¿Una intelectualidad persiguiendo la zanahoria del aplauso o un puesto en el gobierno?

En estos tiempos en que Mr. Danger se toma un cafecito con Doña Bárbara, los tibios son los pies de barro de la política. Y la política es demasiado seria para solo ser tomada en serio por los políticos.

Quien es amigo de todos es amigo de nadie. Y no se puede ser amigo de todos. No se puede creer en la tele. En la prensa. En las redes sociales. En el intelectual de turno cegado por el aplauso del momento. El pescado que llega a nuestras manos llega porque está envenenado. Y cuidado con comerlo.

En estos tiempos de total incertidumbre, donde el enemigo se ha metido hasta nuestra casa, el mejor medio de comunicación es la desconfianza. La paranoia. El piensa mal y acertará.

Estamos en guerra. Ese coche que tanto amas terminará en mil pedazos. Esa licenciatura que tanto te costó solo te servirá para empuñar un fusil o enterrar a tus amigos. Ese hijo que tan bien criaste no tardará en regresar dentro un ataúd y bajo una bandera. Nuestra Gran Guerra es una guerra espiritual. Nuestra Gran Depresión, nuestras vidas.

Cuando la realidad y la teoría no coincidan, entrégate a la paranoia. Como dice William Burroughs, el paranoico es alguien que sabe un poco más de lo que está pasando.

—Matheus Kar

Guatemala. Escritor. Profesor de Literatura en su tiempo libre. Fundador y miembro único del Colectivo Bartleby. Autor de “*Asubhā*” (Premio “Manuel José Arce”, 2016), “*Alturas de Wall Street*” (Premio Ipso Facto; 2018, 2019) y “*Amar es dar lo que no se tiene a quien no es*” (Editorial la Chifurnia, 2023).

DOMINICANA

«¡Venceréis, pero no convenceréis!» Unamuno: un llamado a la rebelión

Escribe: Leonardo Nin



Pocas figuras del habla cervantina han sido tan eclécticas y controversiales como la de Miguel de Unamuno. Opuesto a todo y al todo, en una *niebla*, fugaz, aguerrida, que lo llevó a apoyar ambiguamente el alzamiento militar de 1936 el cual, trajo como consecuencia la terrible dictadura fascista de Francisco Franco sobre las tierras de Lorca, de Machado y Hernández.

En teoría social, cuando las sociedades caen en estado de decadencia, caos y desesperanzas, su tendencia es la inclinación al mesianismo: el caudillo, el líder, el prócer destinado a resolver los males y castigar a los culpables, trayendo así el orden y la justicia colectiva. Esta tendencia hace a las sociedades susceptibles a los nefastos propósitos de déspotas, demagogos y autócratas, los cuales usan leyes marciales o declaraciones de guerra para eliminar poderes democráticos, adquiridos durante los procesos graduales de inercia histórico-sociales.

Franco, no fue excepto a esta tendencia y usó la “declaración de guerra” para sepultar a España en la violencia, la barbarie, y la persecución desmedida contra todo ciudadano considerado “no grato al gobierno”, lo que llevó a Unamuno a usar la lengua de Góngora, del Cid, de Quevedo para rebelarse contra la dictadura durante «El Acto del

Parainfo» de 1936 en la Universidad de Salamanca. Esta inmolación selló la suerte de Unamuno, condenándolo al encierro domiciliario y a su subsecuente erradicación como figura representativa del pensamiento intelectual español del momento. En un instante de valentía, Unamuno perdió todo lo que cualquier intelectual o escritor desearía poseer, aunque sea de forma efímera.

Sin embargo, sacrificar la fama, el poder, el privilegio, la vida, en momentos cuando los déspotas, igual que en la época franquista, celebran la erradicación de la verdad, declaran “estados de guerras” inexistentes, celebran la muerte en prisiones oscuras, condenan a ciudadanos sin juicio al dedo eterno de la injusticia, violando toda ley de un estado de derecho, es un ejemplo, un llamado a todo hablante de la lengua de Dalton, de Alegría, de Salarrué, a responder al momento histórico y gritar: — «*Venceréis, pero no convenceréis*». Porque nunca habrá de convencer la demagogia, nunca se impondrá del discurso absolutista y servil del opresor.

Puede que un día, igual que Unamuno una vez en Salamanca, yo, en alguna calle de una ciudad sonriente, sentado en el segundo piso de un café que da a la puerta de un teatro en cuya cúpula se plasma vibrante la imagen de “*El mestizaje cultural*” de una América famélica y

colonizada, me entristezca mirando el olvido de una guerra, ahora solo en mi memoria de bolchevique desfasado y agrio, y piense entre sorbos y nudo, en las palabras de Martin Niemöller:

«Primero vinieron por los socialistas,
y guardé silencio porque no era socialista.

Luego vinieron por los sindicalistas,
y no hablé porque no era sindicalista.

Luego vinieron por los judíos,
y no dije nada porque no era judío.

Luego vinieron por mí, y para entonces

ya no quedaba nadie que hablara en mi nombre».

Entonces, tal vez, en lengua mordida pronuncie el nombre de Dalton, de Niemöller de Unamuno y deje algunas monedas sobre la mesa, no de las corrientes de caras extrañas, sino de las viejas que aún llevo en mi bolsillo, como un laurel cruzado en mi garganta y me vaya silente, solo, agrio, buscando quien se acerque a mi andar hacia la nada, “Mientras dure la guerra”.

—Leonardo Nin

Dominicana, 1974. Poeta, ensayista, narrador, antropólogo, lingüista y músico. Reside en Boston.

VENEZUELA

El águila imperial ha osado entrar al espacio aéreo de los Caribes

Escribe: Mariajosé Escobar

Crónica de los bombardeos de EEUU sobre Venezuela

*“Los árboles se han de poner en fila,
para que no pase el gigante de siete leguas”*
—José Martí

3 de enero 2026

Caracas, Venezuela.

5:14 AM

Esta madrugada bombardearon Caracas, mi ciudad. Mi casa queda a menos de un km del aeropuerto de La Carlota, que veo cotidianamente desde mi balcón. Anoche me fui a dormir tarde, como no suelo hacerlo. Solo pude dormir dos horas antes del ataque. A las 2:00 am me despertó el ruido indescriptible de todas las ventanas de mi casa estremeciéndose. Me paré en vilo sobre mi cama, apartando las evanescencias del sueño. Se escuchaban aviones cortar los aires como el filo de cuchillos envenenados. Corrí a buscar a mi esposo; en medio del pasillo tronó el primer estallido. Nunca en mi vida había oído algo igual. Su sonido de furia retumba aún en mis oídos. Grité, lloré, lo supe de inmediato: nos bombardean los gringos. Al ver a mi esposo le pregunto, aún con las manos en la cabeza y la desesperación en el rostro: ¿Es lo que creo? Él, paciente como ha sido siempre solo responde: -Sí es, y me abraza. Su breve respuesta activa en mí el modo resolutivo. Seco mis lágrimas, busco los morrales de emergencia que hicimos en noviembre con las cosas más importantes: títulos universitarios, agendas y cuadernos llenos de borradores de poemas sin pasar, latas de atún, agua, medicinas. Los llevo al baño junto con las laptops. Hace dos meses en una breve conversación sobre el tema determinamos que el baño era el lugar más seguro de casa. Ahí me quedé. Aviso a mis padres y hermanos, reviso los grupos de poetas y amigos, es un hecho, nos bombardean los gringos.

Lloro aún de impresión, de miedo y de indignación al escribir estas letras: nos bombardean los gringos. Esa madrugada fue en vela. Cayeron dos bombas más. Pienso en seguida en Gaza. ¿Qué vamos a hacer si tumban el edificio? pregunto a mi esposo. -Salir de los escombros, responde él. En cortas conversaciones hacemos un plan de acción: determinamos puntos para encontrarnos si nos perdemos y se cae la comunicación, determinamos dónde debemos resguardarnos apenas sea seguro salir, sabemos que tenemos que buscar agua potable al día siguiente, pues no tenemos

reservas. Me ocupo en informar lo que veo por los grupos y en dar esperanzas a los que me escriben, no podemos perder la esperanza, no podemos dejar que nos ganen en ese terreno.

Mi esposo hace llamadas, graba las columnas de humo, se asoma a la ventana. Yo continúo en el baño aterrada, pienso que pueden tumbar todo, pienso en Gaza, pienso que puede durar mucho tiempo, pienso que podemos llegar a ver a los marines cara a cara. Me ocupo en respirar, trato de invocar todo lo aprendido sobre meditación, intento meditar, me es imposible.

No sé cuanto tiempo pasó, pero mi esposo se asoma al baño y me dice: -Ya dejaron el bombardeo, debes tratar de dormir. No siento seguro dormir en mi cama, extendemos una manta en el pasillo y ahí me acuesto. Recuerdo las palabras que me dijo un día el poeta Antonio Trujillo: -cuando no puedas dormir, cierra los ojos y quédate muy quieta, piensa: no puedo dormir, pero puedo descansar. Eso hice y dormí aproximadamente unas tres horas. A la mañana siguiente desperté sobresaltada: -Qué ha pasado. En la noche ya sabíamos que era



en varios puntos: Caracas –Fuerte Tiuna, Base Aérea de La Carlota- Miranda –El Cerrito, el Centro de Investigaciones Científicas IVIC- La Guaira –Puerto de la Guaira y Base Naval–Aragua. Veo las imágenes: una lluvia de fuego explosivo lanzaron los gringos anoche sobre mi ciudad, Caracas.

Mi esposo y yo pensamos en un libro de poetas paletinos que leímos. Una de ellas dice algo como “Ese instante que conocemos en el que tu vida se interrumpe y ya nada vuelve a ser como antes”.

Ahora nosotros conocemos también ese instante. El contraste es demasiado fuerte. En diciembre nos casamos, viajamos, fuimos de luna de miel, celebramos la Navidad con la familia. Ahora de esa felicidad pasamos a esta tragedia.

Estoy abrumada, lo estoy aún hoy pasados siete días mientras retrabajo estas líneas que escribí en mi diario a las 5:40 am del día 3 de enero, aún me sobresaltan los ruidos fuertes, aún siento a cada momento ruido de aviones que no están, he leído sobre el trauma, sé que es normal que suceda, espero que pase pronto.

Fuimos por agua a las 10:20 am, la cola es larguísima en el único establecimiento abierto cercano. Hicimos hora y media de cola. En las caras de los otros veo el mismo temor, el mismo desconcierto que supongo hay en la mía, reina un gran silencio, la ciudad está vacía.

Parte de esta crónica la escribí en tiempo real el día de la agresión imperialista en mi país. Sabía que solo la escritura podía ayudarme a transitar estas horas aciagas que vivíamos. Sabía que la escritura es contra, es exorcismo, y es también

denuncia, grito y llamado de auxilio. Les pido que no nos dejen solos. Hablen de nosotros, hablen de lo que pasó, denuncien. En estos días sucesivos el pueblo venezolano ha estado movilizado en la calle, hoy 9 de enero, pasados 7 días de la agresión, Caracas está en una relativa calma, estamos retomando nuestras actividades cotidianas, estamos movilizados en las calles. Nos mantenemos activos en la denuncia y en la exigencia de que liberen a nuestro Presidente Nicolás Maduro Moros y a la Primera Combatiente Cilia

Flores. Todo esto, lo han dicho los mismos gringos, es por nuestro petróleo, agua y demás recursos minerales. Lo que pase en Venezuela decidirá el destino de la humanidad: la barbarie o la es-

peranza. Lo que se vive hoy en Venezuela es una gran incertidumbre y a la vez una gran indignación: somos los hijos de los libertadores y jamás hemos salido de nuestras fronteras a otra cosa que a liberar naciones, cómo es que los insolentes del norte se atreven a violar así nuestros cielos y bombardear nuestro territorio.

Hoy Venezuela se mantiene entre esa incertidumbre por lo que suceda y la calma y cordura a la que siempre nos han llamado nuestros líderes. En nosotros nuestra sangre Caribe hierve, y miramos el futuro a la cara, sabiendo que este será un año difícil, pero que en su desenlace, nos jugamos la vida. Esta es la hora de la Unidad Latinoamericana: “Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de siete leguas” como dijo José Martí. Solo los árboles que somos en el Sur, unidos, podemos cerrarle el paso al enemigo.

*Sabía que la escritura es contra, es exorcismo,
y es también denuncia, grito y llamado de auxilio.
Les pido que no nos dejen solos. **Mariajosé Escobar.***

—**Mariajosé Escobar**

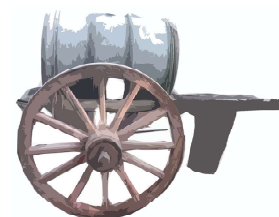
Caracas, Venezuela, 1986. Escritora y poeta. Se ha desempeñado como editora y promotora cultural en diversas instituciones públicas y es facilitadora de la Escuela Nacional de Poesía Juan Calzadilla, desde su fundación.



Quezaltepeque se ha distinguido por ser un pueblo lleno de figuras de enorme trascendencia en las artes, la literatura, la ciencia, el deporte, la política, los oficios. Este día recibimos la triste noticia de la muerte del camarada historiador **Carlos Linares** (1956-2026), quien dedicó su vida a la investigación y difusión de la historia de los quezaltecos. Lo recordaremos por su humildad, su ineludible tesón, su amistad entrañable y sus escritos, que compartía en cuanta publicación tuvo la oportunidad de costear.

Su legado tiene un valor inestimable y debe ser dado a conocer a todas las generaciones de quezaltecos y salvadoreños que quieran honrar su memoria adentrándose a los horizontes que él, con su modestia característica, nos entregó.

Descansá, **Carlos**. Los que hacemos el **TresMil** te despedimos con el corazón un poco estrujado.



Be Good

Escribe: Otoniel Guevara

Los elementos de los escuadrones de la muerte del presidente carapálida, reunidos en una institución de fuerzas paramilitares conocidas como ICE (“Crimen”, en español) cometieron un error estupendo: le creyeron a su jefe, el Violador Infantil, que ellos podían hacer lo que quisieran con la ciudadanía sin ninguna consecuencia que les afectara (mismo mensaje que emitieron policías y soldados en El Salvador: ellos se autodenominaron “La ley de las calles”).

Lo que no advirtieron -concentrados como han estado cumpliendo órdenes de represión contra todo lo que pareciera sospechosamente inmigrante- es que tras las persianas y ventanas las personas observaban, reflexionaban, se indignaban, hasta que algunos pocos decidieron actuar. Salieron a las calles a alertar sobre la presencia de las Patrullas del Odio, a brindar refugio a los perseguidos, a discutir con los enmascarados, a organizarse para protestar pacíficamente, dentro de la legalidad que las leyes les otorgan y que la indignación les reclama. Y les tocaron una orilla: asesinaron a sangre fría (ICE, recuerden) a alguien con este perfil: Mujer, Madre, Hija, Viuda, Vecina, Trabajadora, Joven, Blanca, Cristiana, Poeta. Y ciudadana de los Estados Unidos de América, nación que los secuaces del presidente pretenden hacer grande a punta de balazos en el rostro. En todos estos papeles, esta ciudadana siempre se hizo acompañar de cualquiera de estos adjetivos: Amorosa, Responsable, Solidaria, Justa, Alegre, Bella, Sensible, Pacífica, Devota, Entrañable. Ella era “Good”, Renée Nicole Good.

La noticia ahora es que los que estaban tras las ventanas han salido a las calles en oleadas imparables, con un mensaje claro: **No queremos asesinos dirigiendo a nuestra nación.** Millones de estadounidenses inmigrantes, hijos de inmigrantes, nietos de inmigrantes, descendientes de inmigrantes, desean algo normal: que se elimine a este grupo terrorista creado para perseguirlos y... eliminarlos. Recuerden, si no son blancos son inmigrantes, si defienden a los inmigrantes son traidores, si no están con el tirano serán víctimas.

Dicen que el frío está duro en Estados Unidos, pero quienes marchan por las calles no deben sentirlo porque los meados los llevan bien calientes y no se ve que la situación se modere. Varios gobernadores, alcaldes y autoridades de no pocos estados ya hicieron públicas sus posiciones de absoluto desagrado con las ideas medievales de su presidente. El descalabro de este joven gobierno fascista es inminente. Lo realmente importante por su impacto legal, social, político, psicológico, ético y económico es la Rebelión del Norte, la burbujeante emancipación, pérdida de inocencia y toma de conciencia de los habitantes de los Estados Unidos de América.

Se avecina una tormenta inédita en el lugar “más democrático” del planeta. ¿Habrá guerra civil? ¿La división provocará nuevos estados independientes? ¿Se reinventará la “democracia”? ¿Mandarán a los inmigrantes a picar hielo a Groenlandia? ¿Acusarán de la crisis a Maduro? ¿Se repondrá el orden destripando poblaciones de otras naciones?

Todos estamos expectantes. Lo cierto es que asesinaron a Renée Nicole Good y eso ha espantado y le ha dolido al planeta, porque ella resultó ser la representante de lo mejor de una nación y una humanidad que ahora se debaten entre el gobierno tiránico del Gran Hermano y lo que juntos podamos inventar.

Por el momento tenemos un hermoso y poderoso mandato que se entenderá en todos los idiomas: Be Good.

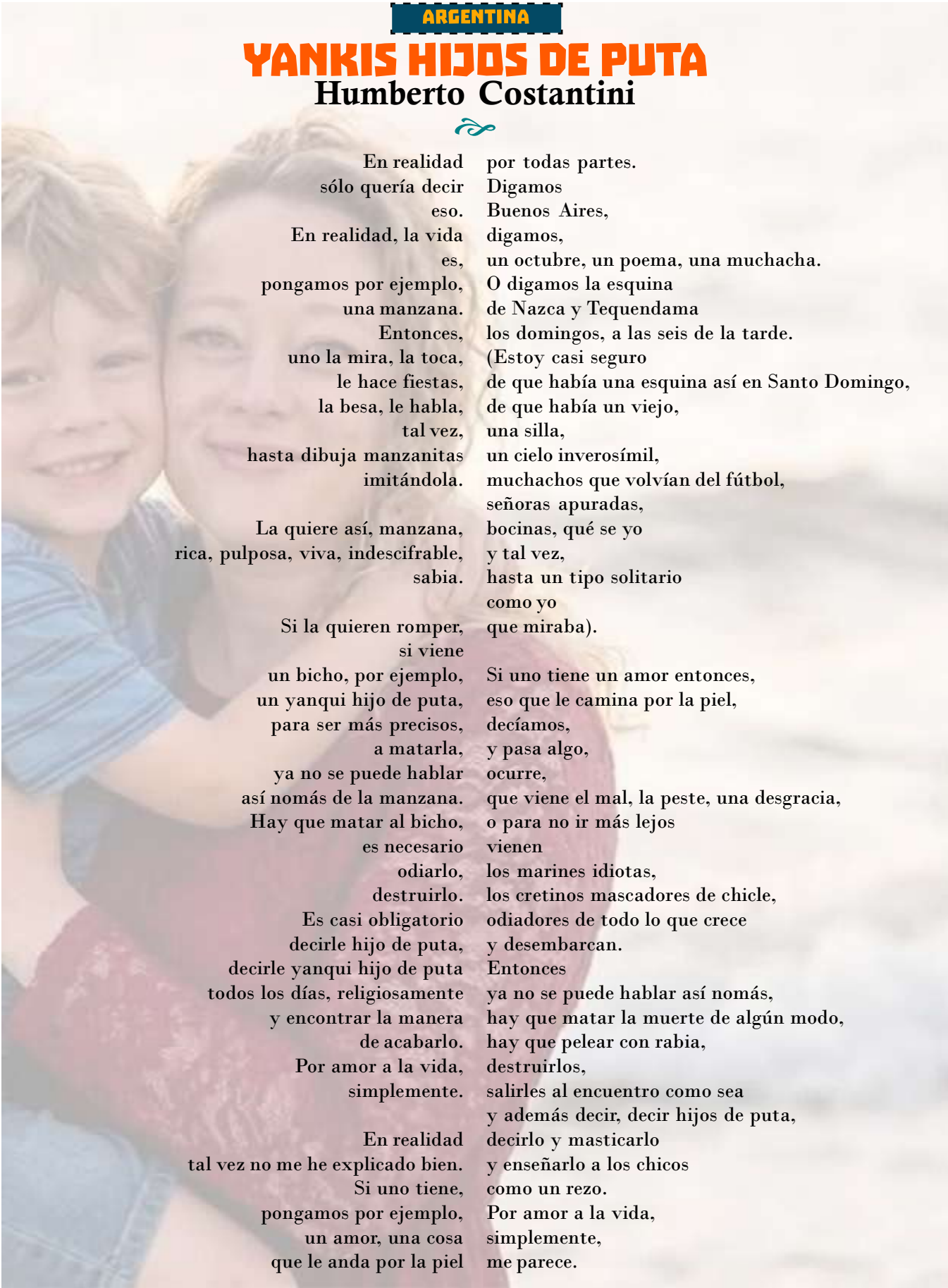


Renée Nicole Good jugando con su hija.

ARGENTINA

YANKIS HIJOS DE PUTA

Humberto Costantini

En realidad sólo quería decir eso.
En realidad, la vida es,
pongamos por ejemplo, una manzana.
Entonces, uno la mira, la toca,
le hace fiestas, la besa, le habla,
tal vez, hasta dibuja manzanitas imitándola.
La quiere así, manzana, rica, pulposa, viva, indescifrable, sabia.
Si la quieren romper, si viene un bicho, por ejemplo, un yanqui hijo de puta, para ser más precisos, a matarla, ya no se puede hablar así nomás de la manzana.
Hay que matar al bicho, es necesario odiarlo, destruirlo.
Es casi obligatorio decirle hijo de puta, decirle yanqui hijo de puta todos los días, religiosamente y encontrar la manera de acabarlo.
Por amor a la vida, simplemente.
En realidad tal vez no me he explicado bien.
Si uno tiene, pongamos por ejemplo, un amor, una cosa que le anda por la piel por todas partes.
Digamos Buenos Aires, digamos, un octubre, un poema, una muchacha.
O digamos la esquina de Nazca y Tequendama los domingos, a las seis de la tarde.
(Estoy casi seguro de que había una esquina así en Santo Domingo, de que había un viejo, una silla, un cielo inverosímil, muchachos que volvían del fútbol, señoras apuradas, bocinas, qué se yo y tal vez, hasta un tipo solitario como yo que miraba).
Si uno tiene un amor entonces, eso que le camina por la piel, decíamos, y pasa algo, ocurre, que viene el mal, la peste, una desgracia, o para no ir más lejos vienen los marines idiotas, los cretinos mascadores de chicle, odiadores de todo lo que crece y desembarcan.
Entonces ya no se puede hablar así nomás, hay que matar la muerte de algún modo, hay que pelear con rabia, destruirlos, salirles al encuentro como sea y además decir, decir hijos de puta, decirlo y masticarlo y enseñarlo a los chicos como un rezo.
Por amor a la vida, simplemente, me parece.